

### III

#### LOS SIMBOLISTAS

El fenómeno que hemos observado en los prerrafaelitas se renueva en los simbolistas franceses. Vemos á cierto número de jóvenes reunirse para fundar á sabiendas é intencionadamente una escuela que toma un nombre especial, pero que á despecho de un sin fin de charlatanerías obscuras y de tentativas ulteriores de mixtificación, no tiene principios ningunos artísticos comunes, ningún objetivo estético claro, y no persigue sino un objeto no confesado, aunque fácilmente se echa de ver,—el de meter ruido por el mundo, atraer por la extravagancia la atención sobre ella, y llegar de este modo á la gloria y al goce, á la satisfacción de todos los apetitos y de todas las vanidades de que estaba llena hasta los bordes el alma devorada por la envidia de estos filibusteros del éxito.

Hacia 1880 había, en el Barrio Latino, un grupo de ambiciosos, poco más ó menos de la misma edad, que se congregaban todas las noches en el sótano de un café del *quai* (muelle) Saint-Michel; allí bebían bocks de cerveza, fumaban y hacían chistes y retruécanos hasta muy avanzada la noche y aun hasta la madrugada, se desataban en abominaciones contra los escritores reputados y que ganaban dinero, y ensalzaban sus propios talentos, desconocidos todavía en el mundo. Los que en primer término llevaban la voz cantante eran Emilio Goudeau, charlatán del cual no se conocen más que algunos versos satíricos tontos, Mauricio Rollinat, el autor de las

*Neurosis*, y Edmundo Haraucourt, que actualmente ocupa un puesto en la primera línea de los místicos franceses. Se llamaban á sí mismos los «hidrópatas», palabra absolutamente desprovista de sentido, originada manifestamente por una reminiscencia obscura de las dos palabras «hidroterapia» y «neurópatas», y que con la vaguedad que caracteriza el pensamiento místico de los débiles de espíritu, debía sin duda no expresar más que la idea general de gentes cuya salud no es satisfactoria, que se sienten maluchos y enfermos y están sometidos á un tratamiento médico<sup>1</sup>; en todo caso, el nombre que ellos mismos escogieron implica la vaga conciencia y la confesión de un estado de conmoción nerviosa. El grupo poseía también un periodiquín hebdomedario, *Lutecia*, que murió al cabo de algunos números.

Hacia 1884, la sociedad abandonó su establecimiento ordinario y levantó su tienda de campaña en el «café Francisco 1.<sup>o</sup>», boulevard Saint-Michel. Este café ha llegado á una alta celebridad: fué la cuna del simbolismo; continúa siendo el templo de unos cuantos jóvenes ambiciosos que esperan obtener, alistándose bajo el estandarte de la escuela simbólica, los medros que no pueden esperar de su talento; es también la Kaaba hacia la cual acuden en peregrinación todos los imbéciles exóticos que han oído hablar de la nueva tendencia parisiense y quieren ser iniciados en sus arcanos y misterios. Algunos de los «hidrópatas» no emigraron con los demás; otros recién venidos ocuparon su sitio: Juan Moreas, Laurent Tailhade, Carlos Morice, etc. Abandonaron también el antiguo nombre y se les conoció por un momento bajo el de «decadentes». Este nombre les había sido dado por un crítico, con una idea de burla; pero del mismo modo que los Mendigos de los Países Bajos se adornaron con alti-

<sup>1</sup> La historia de los comienzos de este grupo ha sido escrita por uno de sus miembros, Matías Mohrardt. Véanse *Los Simbólicos*, *Nouvelle Revue* del 15 de Febrero de 1892, pág. 765.

va fiereza con el nombre destinado á ultrajarlos y á ridiculizarlos, así estos literatos enarbolaron en sus sombreros, como si fuera una señal de rebeldía contra la crítica, la injuria que se les había lanzado al rostro. Pronto, no obstante, los contertulios del «Francisco 1.º» se cansaron de su nombre, y Moreas halló para designarlos el término de «simbolistas», con el cual fueron universalmente conocidos—mientras que un insignificante grupo especial que se separó de los simbolistas continuó llevando la apelación de «decadentes».

Los «simbolistas» son un ejemplo notable de la formación de bandos en la cual hemos visto una de las especialidades de los degenerados. Reunían á la vez todos los signos característicos de los degenerados y de los débiles de espíritu: la vanidad sin límites y la opinión exagerada de su propio mérito, la fuerte emotividad, el pensamiento confuso é incoherente, la charlería (la «logorroea» de la psiquiatría), la inaptitud completa para el trabajo serio y continuado. Varios de ellos eran bachilleres, otros nada; eran todos de una ignorancia profunda, y como no eran capaces por debilidad de voluntad, por imposibilidad de atención, de aprender ninguna cosa sistemáticamente, se persuadieron, con arreglo á una ley psicológica muy conocida, que despreciaban todo saber positivo y no consideraban como dignos del hombre más que el fantasear y la adivinación, «la intuición». Algunos de ellos, como Moreas y Guaita, que después se ha convertido en «mago», leían sin método toda clase de libros con que tropezaban sus ojos en los cajones de los libreros de viejo de los muelles, y llevaban á los compañeros, con giros de lenguaje grandilocuos y misteriosos, los frutos de sus lecturas así engullidas; los auditores se imaginaban luego que se entregaban á un estudio penoso, cuando lo que hacían era adquirir de esta manera el revoltillo de erudición que ponían luego á la muestra en sus artículos y folletos, y en el cual el lector sano de espíritu encuentra

con regocijado asombro los nombres de Schopenhauer, Darwin, Taine, Renan, Shelley, Goethe, sirviendo de rótulo á raspaduras informes y extrañas, á barreduras de migajas no digeridas, á frases no comprendidas audazmente mutiladas, y á fragmentos de ideas arrancadas al azar y apropiadas sin escrúpulo. Esta ignorancia de los simbolistas y esta jactancia pueril de un fingido saber, las ha confesado francamente uno de ellos. «En doctrina religiosa y filosófica, dice M. Charles Morice, muy pocos de estos jóvenes tienen informes precisos; pero de los términos del culto conservan hermosos vocablos como custodia, copón, etc.; algunos conservan de Spencer, de Mill, de Shopenhauer (*sic*), de Comte, de Darwin, alguna que otra terminología; raros son los que saben á fondo aquello de que tratan, los que no buscan hacer ostentación y gala de un hablar sin otro mérito que una vanidad de sílabas»<sup>1</sup>. Dejo naturalmente á M. Charles Morice la responsabilidad de la falta de sentido del giro de la frase final.

Los contertulios del «Francisco 1.º» se iban á la una de la tarde al café y permanecían allí hasta la hora de comer; inmediatamente después volvían al café y no abandonaban su cuartel general hasta mucho después de media noche. Ninguno de los simbolistas, naturalmente, tenía ocupación clasificada; del mismo modo que son inaptos para el estudio metódico, estos degenerados lo eran y lo son también para el cumplimiento de un deber regular; cuando esta insuficiencia orgánica se presenta en un hombre de las clases bajas, se hace vagabundo, en una mujer de la misma clase, la conduce á la prostitución; en los miembros de las clases superiores, adopta la forma de la charlatanería artística y literaria. El espíritu popular alemán revela una profunda sospecha de la rela-

<sup>1</sup> Charles Morice, *La Literatura de ahora*, París, 1889; página 274.

ción real de las cosas al aplicar á estos desocupados estéticos el nombre de «ladrones de días» (*Tagedieb*), puesto que el robo de profesión y la inclinación irresistible á la ociosidad charlatana, atareada y llena de importancia derivan de la misma fuente: la debilidad nativa del cerebro.

Sin duda, los bebedores de bocks de los cafés no tienen conciencia de su enfermedad intelectual; encuentran para su incapacidad para someterse á una disciplina y consagrar á un trabajo cualquiera una concentración y una atención sostenidas, nombres amables y designaciones decorativas. Llaman á esto: «naturaleza artística», «ansiedad genial de volar libremente», «transporte más allá de la atmósfera densa y baja de la trivialidad»; se burlan del vulgar *filisteo* que cumple mecánicamente, como la mula de la noria, un trabajo regular, y desprecian á los tenderos de espíritu estrecho que exigen que un hombre ejerza un oficio burgués bien definido ó posea un título oficialmente reconocido, y manifiestan, por lo contrario, una profunda desconfianza hacia las artes que no dan de comer. Glorifican á las gentes errantes que vagabundean líricamente, dan sablazos sin escrúpulos y presentan como siendo su ideal al hombre que se acuesta al raso, se lava en el rocío, duerme bajo las flores y se viste en el mismo establecimiento que el lirio de los campos de que habla el Evangelio. La *Canción de los harapientos*, de M. Jean Richepin, es la expresión más típica de esta concepción de la vida, de la cual las *Canciones de un compañero errante* y los *Cantos (Lieds) del Ministril*, de Rodolfo Baumbach, nos ofrecen en la literatura alemana un ejemplo análogo, aunque menos pronunciado. El *Pegaso bajo el yugo* de Schiller, también parece ser de la misma cuerda que éstos menospreciadores de la labor cotidiana exigida por la sociedad; pero no más que en apariencia, sin embargo, puesto que nuestro gran poeta no adopta el partido del perezoso impotente, sino de la fuerza

desbordante que quisiera hacer más cosas, y más grandes, que el trabajo del ordenanza de oficina y del sereno.

Á despecho, aparte de esto, de su imbecilidad y de su amor de sí mismo, el desocupado que afecta apariencias de artista no puede disimular que su manera de ser está en contradicción con las leyes sobre las cuales descansan la estructura de la sociedad y la civilización, y experimenta la necesidad de justificarse á sus propios ojos. Lo hace atribuyendo una alta importancia á las fantasías y á las hablillas en las cuales consume su tiempo, importancia destinada á suscitar en él la ilusión que estas fantasías y estas hablillas tienen el mismo valor que las más serias actividades, que hasta son superiores á éstas. «En el fondo, y bien mirado, dice M. Stephane Mallarmé, el mundo se ha hecho para venir á parar á un hermoso libro»<sup>1</sup>. M. Charles Morice lamenta con emoción que el espíritu artístico se vea en «la obligación de interrumpirse entre dos hemistiquios, para ir... á cumplir un período de veintiocho días de instrucción militar»... «Las agitaciones de la calle, prosigue, el rechinamiento de la máquina gubernamental—periódicos, elecciones, cambios de ministerio—no ha metido nunca tanto ruido; la autocracia turbulenta y ruidosa del comercio ha suprimido, en las preocupaciones públicas, la preocupación de la Belleza, y la industria ha matado lo que la política dejara subsistir de silencio»<sup>2</sup>. En efecto, ¿qué son todas esas insignificancias: comercio, industria, política, administración, enfrente de la enorme importancia de un alejandrino?

Los disparates de los simbolistas no se perdieron por completo en la atmósfera de los cafés á que concurrían, como el humo de sus cigarrillos y de sus pipas. Una parte de ellos se estableció y se lanzó á la publicidad en la

<sup>1</sup> Jules Huret, *Informe acerca de la evolución literaria*. París, 1891, pág. 65.

<sup>2</sup> Charles Morice, *op. cit.*, pág. 271.

*Revista independiente*, la *Revista Contemporánea* y otras compilaciones caducas que servían de órganos á la mesa redonda del «Francisco 1.º». Estos periodiquines y los libros publicados por los simbolistas permanecieron al principio inadvertidos fuera del café mencionado; luego ocurrió que cronistas de periódicos del boulevard, en las manos de los cuales cayeron estos escritos por casualidad, los consagraron, á falta de otros asuntos, artículos, pero encaminados únicamente á burlarse de ellos. Eso era precisamente lo que pedían los simbolistas; poco se les importaba la burla ó el elogio, con tal que las gentes hablasen de ellos; se encontraron ya montados á caballo y no tardaron en revelarse como incomparables jinetes de circo; se esforzaron por encontrar acceso en los grandes periódicos, y en cuanto uno de ellos conseguía, como el herrero de Jüterbock en el cuento conocido, lanzar la gorra á través de la puerta imprudentemente entornada de una redacción, introducía enseguida la cabeza y el cuerpo, se apoderaba de la plaza y la transformaba, en un periquete, en una fortaleza del partido simbolista. Todo favorecía esta táctica: el escepticismo y la indiferencia de determinados redactores parisienses absolutamente empedernidos, que no tomaban nada en serio, incapaces de un entusiasmo ó de una aversión y que no conocían más que este sólo principio en los negocios: meter ruido, despertar la curiosidad, anticiparse á los otros en lo nuevo, lo «asombroso» (*épatant*); la falta de crítica y la bobaliconería del público que repite sin más ni más todo lo que el periódico divulga con tono de importancia; la cobardía y la baja adulación de críticos que, encontrándose enfrente de un grupo organizado y numeroso de jóvenes que no se paraban ante ningún escrúpulo, tenían miedo de sus puños cerrados y de sus miradas amenazadoras y no se atrevían á meterse con ellos; la ruin astucia de los intrigantes que esperaban hacer un buen negocio si especulaban con el alza de las acciones del simbolismo.

Así es como los peores y los más despreciables rasgos de carácter de los redactores, de los críticos, de los escritores ávidos de éxitos y de los lectores de periódicos, concurren á dar á conocer, y hasta en parte, á hacer célebres los nombres de los contertulios del «Francisco 1.º», y á despertar en el magín de muchos imbéciles de ambos mundos la convicción de que la tendencia de aquéllos domina en la literatura del tiempo presente y encierra en ella todos los gérmenes del porvenir. Este triunfo del simbolismo significa la victoria del bando sobre el individuo; demuestra la superioridad del ataque sobre la defensa, y la eficacia del seguro mutuo de reclamo, aun contando únicamente con las aptitudes más mezquinas.

Por diferentes entre sí que puedan ser, las obras de los simbolistas tienen entre ellas dos caracteres comunes: son oscuras, á menudo hasta ser incomprensibles, y son devotas. Después de cuanto llevamos dicho acerca de las singularidades del pensamiento místico, su obscuridad no podrá extrañar á nadie; en cuanto á su piedad, ha alcanzado una importancia que obliga á examinarla de cerca.

Al salir á luz en los últimos años toda una serie de misterios, episodios de la Pasión, leyendas de santos y cantatas; cuando los unos después de los otros, una docena, dos docenas de los nuevos poetas y escritores hicieron en sus primeras poesías, novelas y artículos, ardientes profesiones de fe religiosa, invocaron á la Santa Virgen, hablaron extáticamente del sacrificio de la misa y se prosternaron en fervientes rezos, entonces los reaccionarios, que tienen un interés de partido en hacer creer en un retroceso de la humanidad civilizada á las tinieblas intelectuales del pasado, exclamaron: «¡Vedlo! La juventud, la esperanza y el porvenir del pueblo francés, se aparta de la ciencia; la emancipación ha hecho bancarrota, las almas se abren de nuevo á la religión y la Iglesia católica cumple de nuevo su oficio sublime de institutriz, de consoladora y de guía de la humanidad

civilizada». Se designa demostrativamente la tendencia simbólica con el nombre de «neo-católica», y algunos críticos ven en su aparición y sus éxitos la prueba de que el libre pensamiento está vencido por la fe. «El golpe de vista más superficial sobre el estado del mundo, escribe M. Edouard Rod, nos enseña que en todos los dominios nos hallamos en plena reacción». Y más adelante: «Yo creo en la *reacción*, en todos los sentidos que esta palabra encierra; pero ¿hasta dónde llegará esta reacción?; ese es el secreto del mañana»<sup>1</sup>.

Los alborzados heraldos de la nueva reacción preguntan la causa de este movimiento y hallan con extraña unanimidad esta respuesta: los espíritus los mejores y los más cultos vuelven á la fe, porque han descubierto que la ciencia les ha engañado, que no ha cumplido lo que les había prometido. «El hombre de este siglo, dice M. Melchor de Vogüé, ha adquirido en sí mismo una confianza muy excusable... El mecanismo racional del mundo se ha revelado á él por fin... En la explicación de las cosas se eliminó... todo el orden divino... Por otra parte, ¿para qué investigar causas dudosas, cuando el funcionamiento del universo y del hombre había llegado á ser tan claro para el físico, para el fisiólogo?... El menor defecto de Dios era el de ser inútil; espíritus cultivados lo afirmaron, y todos los mediocres quedaron persuadidos; el siglo XVIII había inaugurado el culto de la Razón: por un momento se vivió en la embriaguez de este milenario; luego después vino la eterna desilusión, la ruina periódica de todo lo que el hombre edifica sobre lo hueco de su razón... Tuvo que confesarse á sí mismo que más allá del círculo de las verdades conquistadas, reaparecía el abismo de ignorancia, siempre tan vasto, tan irritante»<sup>2</sup>.

M. Charles Morice, el teorizante y el filósofo de los

<sup>1</sup> Jules Huret, *op. cit.*, pág. 14.

<sup>2</sup> Vizconde E. M. de Vogüé, *op. cit.*, págs. XIX y ss.

simbolistas, denuncia casi en cada una de las páginas de su libro *La Literatura de ahora*, á la ciencia, á causa de sus diferentes grandes pecados: «Es deplorable que nuestros sabios no hayan comprendido, dice con su lenguaje apocalíptico, que al vulgarizar la ciencia la descomponían (?), que confiar á las memorias inferiores los principios, es exponerlos á las incertidumbres de interpretaciones sin autoridad, de erróneos comentarios, de heterodoxas hipótesis; puesto que es letra muerta, el Verbo encerrado en los libros y los libros mismos pueden perecer—pero la corriente que determinan, el soplo emanado de ellos les sobrevive—y ¿qué hacer si han soplado sobre la tempestad y desencadenado (!) las tinieblas? Ahora bien: tal es el resultado más claro de todo este fárrago de vulgarización... ¿No tocamos aquí (á propósito de la moral de las *Fábulas* de La Fontaine) á la resultante natural de todo un siglo de investigación psicológica, que fué una buena educación de la razón, pero cuyos resultados objetivos é inmediatos no podían ser más que la fatiga, la repugnancia misma y hasta la desesperación de razonar?... No ha mucho, la ciencia había borrado la palabra: misterio; había, con el mismo trazo, tachado las palabras: belleza, verdad, alegría, humanidad... El misticismo ha recuperado de la ciencia intrusa y acaparadora no sólo todo lo que aquélla le había sustraído, sino aun también quizá alguna cosa de la propia parte de la ciencia. La reacción contra las negaciones insolentes y desoladoras de la literatura científica... se ha producido... por medio de una imprevista restauración poética del catolicismo»<sup>1</sup>.

Otro grafómano, el autor del libro imbécil *Rembrandt educador*, disparata poco más ó menos del mismo modo: «El interés por la ciencia, dice, y especialmente por la ciencia de la naturaleza antes tan popular, disminuye actualmente en los amplios círculos de las gentes alema-

<sup>1</sup> Charles Morice, *op. cit.*, págs. 5, 103, 177.

nas de buen tono... Estamos en cierto modo sobresaturados de inducción; tenemos sed de síntesis; los días de la objetividad se inclinan de nuevo hacia su fin, y la subjetividad llama, en desquite, á la puerta»<sup>1</sup>.

M. Edouard Rod dice: «El siglo va transcurriendo sin cumplir todas sus promesas»; y unas cuantas líneas más adelante habla otra vez de «este siglo envejecido y desengañado»<sup>2</sup>.

En un escrito de poca extensión que ha llegado á ser una especie de evangelio de los imbéciles y de los idiotas, el autor, M. Paul Desjardins, se entrega á ataques continuos contra el «empirismo llamado científico», habla de los «negativos», entre los cuales coloca á los «empiristas ó mecanistas absorbidos en su única atención hacia las fuerzas físicas y fatales», y proclama muy alto su propósito «de invalidar el valor del método empírico»<sup>3</sup>.

Hasta un pensador serio, M. Fr. Paulhan, llega, en su estudio acerca de las causas del neo-misticismo francés, á la conclusión que la ciencia exacta se ha mostrado impotente para satisfacer las necesidades de la humanidad. «Nos sentimos, dice, rodeados por un inmenso desconocido en el cual pedimos por lo menos que se nos reserve acceso. El evolucionismo, como el positivismo, ha cerrado el paso... Por todas estas razones, el evolucionismo tenía, si bien dejando grandes ideas, que mostrarse impotente para bastar por sí solo á la dirección de los espíritus»<sup>4</sup>.

Por abrumadora que pueda parecer esta unanimidad de espíritus sólidos y dignos de estima y de grafómanos imbéciles, no encierra sin embargo la más pequeña chispa

<sup>1</sup> Rembrandt educador. Leipzig 1890, pág. 2.

<sup>2</sup> Edouard Rod, *Las Ideas morales del tiempo presente*, París 1892, pág. 66.

<sup>3</sup> Paul Desjardins, *El deber presente*. París 1992, págs. 5, 8, 39.

<sup>4</sup> Fr. Paulhan, *El nuevo misticismo*. París 1891, pág. 120.

de verdad. Pretender que las gentes se apartan de la ciencia porque el método «empírico», es decir el método científico de la observación y del registro de los hechos, ha sufrido un naufragio, esto es ó una mentira consciente, ó irresponsabilidad intelectual. Un espíritu sano y leal debe casi avergonzarse por tener que probar esta proposición. La ciencia ha dado en los últimos períodos decenales, merced al análisis espectral, datos acerca de la naturaleza de los astros más lejanos, acerca de su composición material, su grado de calor, la rapidez y la dirección de sus movimientos; ha establecido la unidad de todas las formas de la fuerza y hecho muy verosímil la unidad de la materia; está sobre la pista de la formación y del desarrollo de los elementos químicos, y nos ha enseñado á comprender la construcción de las composiciones orgánicas, de una estructura tan complicada; nos muestra las relaciones de los átomos en la molécula y la posición de la molécula en el espacio; ha arrojado una luz sorprendente sobre las condiciones de acción de la electricidad y ha puesto esta fuerza al servicio del hombre; ha renovado la geología y la paleontología y puesto en claro el encadenamiento de las formas de la vida animal y vegetal; ha creado la biología y la embriología, y por el descubrimiento y el estudio de los microbios, ha puesto de relieve de una manera penetrante algunos de los misterios más inquietantes de la eterna transformación, de la enfermedad, de la muerte; ha encontrado ó perfeccionado métodos que, como la cronofotografía, la fotografía instantánea, etc., permiten descomponer y registrar fenómenos no directamente observables para los sentidos humanos y que prometen ser de los más fecundos bajo el punto de vista del conocimiento de la naturaleza. ¡Y enfrente de tan magníficos, de tan grandiosos resultados, cuya enumeración podría extenderse al doble ó al triple, hay gentes que se atreven á hablar de un naufragio de la ciencia y de la impotencia del método «empírico»!